

De fauces al Subsuelo

Historias bajo el pie de la noche

Marina Klein

De fauces al Subsuelo. *Historias bajo el pie de la noche*

Marina Klein

Ediciones Frenéticxs Danzantes

Dibujo de tapa Ricardo Brecher

Primera edición 2015 con

ISBN 978-987-45850-0-4

Publicada por Ediciones Frenéticos Danzantes en Buenos Aires, ARGENTINA

Esta edición fue producida a mano en el taller de Ediciones Frenéticxs Danzantes en algún momento de la historia en alguna parte del mundo.

Libro con licencia Creative Commons de las siguientes características



De fauces al Subsuelo

Historias bajo el pie de la noche

Marina Klein

Entonces, a tu salud

Al Capi del Mercado del Puerto

Apeataba y daba vueltas como un enajenado. Todo era un mar de luces alrededor. Autos embravecidos disparando como dragones sus destellos dicroicos ante la bruma intensa de esos atardecerees porteños que nunca acaban, parece que duraran para siempre.

El tipo da vueltas y vueltas sobre su propio eje hasta que cae desmayado en el medio de la vereda de la calle Paraguay. No a un costado como suele dormir la gente que duerme en la calle; este quedó ahí, solo y desplomado cortando el paso de los transeúntes. Y los transeúntes, ausentes en sus propias mentes le pasaban por al lado, con la mezcla típica de piedad y asco. Pero también algo de miedo, ese temor que inspiran los seres que no han podido

encajarse, que la normalidad de la norma se les ha escapado.

Cuando volvió en sí todavía le dolía la cabeza. Sentía los destellos rojos y brillantes de los semáforos como gotas melosas cayendo de un caramelo derretido y babeante. Caían desde lo alto de los semáforos hacia sus ojos ebrios.

Sus ojos ebrios soñaban colores.

Los colores le recordaban un par de ojos que en algún momento también destellaron. Recordó una cara, un aroma. La sonrisa en una cara. La compañía de una mujer en una cama y en un hotel de otro país... tal vez de Europa, no recuerda bien... Recuerda los ojos y el recuerdo lo daña. Ella no está más, se esfumó como por un túnel maldito hacia la muerte de mierda. Se esfumó ella, se esfumaron sus hijos. Los hijos que estaban con ella en el auto aquel día y todos los otros hijos que hubieran podido tener. Se esfumó la potencialidad de todos los posibles. La muerte de mierda los había tragado para siempre.

La noche ya se había instalado en la ciudad. El kiosco de la esquina ya había puesto sus rejas, el supermercado chino estaba cerrando.

El hombre de barba larga y gris que se había levantado del piso y ya no giraba, emprendió su marcha dulce y lenta por la oscuridad a medias que tiene Buenos Aires. Una noche que nunca llega a ser una verdadera noche sino un embrión de noche, una hibernación del día.

Hay menos gente pero nunca está del todo desierto, no es como en las montañas, en las selvas o en las sabanas que sólo las aves nocturnas y los murciélagos se animan a vagabundear cortando el cielo y cazando algún desprevenido bichito. Acá no, acá siempre hay gente.

El señor de barba enfila para el centro, agarra por Santa Fe y va yendo. Hay hombres y mujeres que juntan cartones y otros que salen a cenar o al teatro o alguna parte.

Hoy es viernes y todo está más lleno de lo habitual.

Hoy es viernes. Es un día que evidencia que empieza el frío porque estamos a mitad de abril.

Hoy es viernes y el señor de barba piensa que es lo mismo para él el día de la semana que sea.

Hoy es viernes y tal vez mañana el frío sea más duro.

Hoy todavía es viernes y se puede vivir y dormir en la vereda sin morir.

Hoy es viernes y el invierno se toma como una anécdota y un somnífero.

Hoy es viernes y en algún momento será sábado y traerá sus propios males, sus propios temores.

Mientras tanto brindemos por los que se vuelven locos en las calles de los locos, por quienes se sienten perder el juicio, la cordura, el equilibrio por las luces intensas de esta ciudad absurda y por lo lacerante de los recuerdos de la vida tragada por muertes de mierda. Que la honesta desnudez de sus pasos descalzos grite una noche más, que el frío que se avecina no los hiera mortalmente, que su dulzura

continúe trillando estos caminos duros,
este asfalto tenaz e impiadoso. Que sus
danzas continúen alegres en la ebriedad
porque la ebriedad es una lanza de batalla
contestataria contra lo helado del aire y
contra toda garra atroz de la memoria.

La ciudad está enferma

La ciudad está enferma. Rugosa, furiosa y enferma.

Me termino de cerrar el cierre de la bota bordeaux y salgo a la calle. Hace un frío lacerante. La ciudad está enferma, ruge y está enferma.

Doy unos pasos hasta la esquina y sigo por la avenida un rato más, subo al primer auto que se para ante mí. Tengo puesta una minifalda negra que mide un poco más que quince centímetros, me estoy cagando de frío. Las medias de red que llevo me delinean las piernas y hacen que parezcan más estilizadas. La pollera es ajustada y me marca divinamente el culo que es uno de mis mejores atributos. Arriba tengo una blusa roja con un escote divino y una camperita corta azul. Así dicho muchos

pueden pensar que no combina nada de nada pero si me vieran en ese momento verían que sí, que estoy buenísima y la ropa y los colores me favorecen.

El auto al que me subo está bien, el tipo que lo maneja también se ve bien y no huele mal. Vamos a un hotel de por ahí, un polvito, algo de plata y la noche empieza a las mil maravillas. Así facturo varios más. Las noches de invierno son buenas porque la gente necesita compañía para calentarse sus partes sensibles y solitarias del cuerpo, y un poco del alma.

Ahora no es tan tarde y ya junté lo que necesitaba por este día así que decido volver a casa a dormir. Mientras camino por la vereda tarareando alguna canción escucho unos ruidos.

Recuerdo que la vida no es solamente un tren lento hacia la muerte sino una lucha sin cuartel, un alzamiento desesperado contra la desintegración y el olvido.

Miro por las ventanas, las pocas que todavía están con luces encendidas, desde la calle fría y oscura miro a las personas

paseándose dentro de sus casas y departamentos. Cada uno con sus cosas, perdidos completamente en el fluir de lo cotidiano, en las rutinas mecánicas. Tal vez alguno sea un gran genio del pensamiento contemporáneo o un artista preso en su propia carne pero la mayoría, la gran, inmensa, gigantesca y abrumadora mayoría son sólo gente para la cual la vida está compuesta de sucesos consecutivos y comunes, nacidos para desintegrarse en la nada sin más.

La humanidad me mata de pena.

Camino un poco más y sigo oyendo ruidos. Son gemidos como de un niño asustado. No para... Al principio se entremezcla con mis propios pensamientos y me pasa desapercibido pero conforme avanzo por la vereda el sonido se hace más nítido y va tomando forma y cuerpo. Me detengo un minuto e instintivamente busco con la mano derecha la navaja que siempre llevo en mi cartera... No soy como la chica de Rubén Blades que lleva un revólver, las armas de fuego me dan miedo... Lo que me

da miedo ahora es ese sollozo que no para, que se vuelve incesante y me penetra taladrándome los oídos. Paro un instante y miro para todos lados pero no veo a nadie... los gemidos no paran... sigo unos pasos más...vuelvo a detenerme... Hay un zaguán, una entrada a una casa que queda un poquito para adentro y deja un espacio como escondido donde las luces de la calle no le llegan, se mantiene en sombras, oscuro, lejos... Hay un chico tirado en el suelo... debe tener más o menos mi edad, yo tengo veintitrés... Es un chico delgado y frágil, me doy cuenta cuando lo toco. Está acurrucado en el costado más oscuro y llora pero cuando me acerco puedo verle la cara y el pelo castaño largo y hermoso. Sangra por la nariz y por varios otros lugares que no podría definir, hay sangre por todas partes. La sangre no me asusta, me asusta que el chico frágil no sobreviva. Tiene las manos juntas al lado de la cara, son manos finas y dulces. Le pregunto qué le pasó pero no habla, no puede hablar, solo llora como un niño asustado abandonado en los

confines del mundo en la noche más fría. Trato de levantarlo para poder llevarlo a mi casa e intentar curarlo pero al más mínimo movimiento los gemidos se hacen gritos de dolor, se ve que le han roto varios huesos.

Desde mi celular llamo una ambulancia. Me quedo con él sentada en el escalón del zaguán. La ambulancia tarda. Le levanto un poco la cabeza y se la apoyo sobre mis piernas, sigue sollozando un rato más pero poco a poco se va quedando dormido o se desmaya –no sé- y la respiración se le tranquiliza.

Después de una hora y media llega la ambulancia. Me preguntan cosas para las cuales no tengo respuesta, nombre, edad, qué le pasó... Yo no sé nada, lo encontré ahí, eso es todo.

Son las 4 de la mañana, estoy en el hospital, en la puerta de la habitación donde se llevaron al chico que gemía y que para mí todavía no tiene nombre. Pude venir con él en la ambulancia, vine agarrándole las manos dulces.

Busco un café de la máquina, me paseo de un lado para el otro como un padre que espera el nacimiento de su primer hijo, no fumo porque está prohibido...

Al rato sale el médico. Me vuelve a hacer preguntas sobre él que no puedo contestar, no saben a quién llamar de la familia, no sabemos su nombre ni su apellido, el chico no habla, le rompieron la mandíbula y varios huesos más, está desecho y ahora también sedado.

No me puedo ir a casa y dejarlo ahí solo. Termino el café, tiro el vasito en el tacho y entro en la habitación. Me siento en la silla del acompañante. Las enfermeras entran cada tanto a mirar cómo está y a ver el líquido que cuelga de un gancho y que le va directo a la vena. Nadie me pregunta nada. Mi apariencia les debe parecer un tanto desconcertante pero nadie dice nada y yo me quedé ahí.

El sol va saliendo de a poco, la ciudad se vuelve un poco más ruda con esa luminosidad de invierno que es más fría a veces que las nubes más oscuras. Me busco

un café y vuelvo a la habitación. Mi amigo continúa durmiendo. Lo miro un rato. Tiene el brazo izquierdo y la pierna derecha enyesados, a la cabeza también le pusieron un yeso que le llega hasta la barbilla. Su delgadez lo hace parecer completamente etéreo y su cara, aun dentro de ese casco blanco que la circunda y llena de moretones, continúa siendo hermosa. Es como un elfo de la vida real. Pienso en sus verdugos y en el placer que debe haberles dado patear hasta el cansancio a alguien así, cuya belleza avergüenza a los machitos más cabreros.

Al rato abre los ojos, me mira un rato y mira a su alrededor... Estira su mano derecha y me toca el antebrazo en un gesto que puede haber sido un saludo, un agradecimiento o cualquier otra cosa. Sus dedos son suaves como la miel más dulce, llego a sentir envidia de los hombres que habrá acariciado y de los que acariciará. Me mira y trata de sonreír, con la boca mucho no le sale pero los ojos sí le sonríen.

Escribo mi número y mi nombre en un papelito que dejo en la mesita que hay al lado de la cama, le doy un beso en la mano y me voy.

Esa noche no salgo a trabajar. Rezo en voz baja para que un dios amable restaure los huesos de mi amigo del que todavía no sé el nombre y para que a alguien más que a mí le importen esos huesos rotos.

Los huesos sueldan pero a nadie más le importa. La ciudad está enferma.

Algunas semanas después suena mi teléfono cuando estoy en el supermercado, me entero de su nombre, es Mariano, tiene un acento como de pájaros venidos de la sierra. Me pregunta si interrumpe algo, si me molesta que me llame, si estoy ocupada.

A todo le digo que no, que es un placer saber de él de nuevo, que cómo está.

Hay un silencio, duda un poco... Tengo veintitrés años y hace muchos que estoy en esto, el silencio es un *estoy solo en el mundo y no, no estoy para nada bien*.

Le paso mi dirección. Una hora más tarde está sentado en el único sillón que hay en

mi departamento con la misma ropa que tenía cuando lo encontré pero sin manchas de sangre fresca, se ve que alguien la habrá lavado. Tiene la barba mal afeitada y habla como una chica de pueblo, todo lo que dice lo acompaña de gestos dulces con las manos dulces.

Le digo que se puede quedar conmigo todo el tiempo que necesite, puede ser que sea para la eternidad, no hay problema. No le pregunto nada de su pasado ni quién es ni dónde está su familia, tengo veintitrés años y siglos de conocer chicos como él que son vomitados de sus casas, expulsados para siempre y que vienen a la capital siguiendo algún instinto de supervivencia o de curiosidad, creyendo que aquí van a poder concretar algún tipo de sueño o simplemente poder ser quienes son guardados por el anonimato de la gran urbe. Los más fuertes a veces lo logran, los menos experimentados y más frágiles terminan como Mariano, tirados en un zaguán.

La ciudad apesta porque es el lugar donde se reúnen todos los peores instintos del ser humano y se potencian, también es el refugio de las esperanzas de muchos y eso la hace ser una gran bestia de la que es casi imposible escapar.

La ciudad está enferma y ruge. Mariano duerme en mi cama, yo duermo en el piso hasta que se mejore completamente o hasta que consigamos juntar plata para comprar otra cama.

Somos los seres más solos de la tierra. Me pongo las botas, la mini, la camperita y salgo. La noche está helada, me subo al primer auto que para, mientras avanzamos y el hombre que maneja me mira las piernas y se va excitando, yo miro las ventanas de los departamentos que van pasando, pienso en las vidas de la gente de adentro.

La ciudad está enferma y ruge, nosotros somos su rugido y su alimento, su razón de ser, su danza entre las sombras, su música maldita.

Las entretejidas del tiempo

No recuerdo en qué colectivo íbamos, era uno de esos atardeceres eternos de largos. Tal vez las seis o las siete de la tarde. Sé que iba por Dorrego y agarró por alguna avenida... no me acuerdo bien, fue hace siglos. Estaba atestado de gente. Íbamos abrigados por eso recuerdo que era invierno y puedo inducir el horario. Lo que no se me borra de ninguna manera es la curva que dio el bondi abandonando Dorrego. Creo que veníamos de Belgrano, no sé de hacer qué, tal vez de pasar horas en completo letargo en el Jardín Andaluz del museo Larreta o leyendo algo tirados en las Barrancas en el pasto o en alguna de las glorietas.

Años después, cuando ya la ciudad era una difusa niebla en mi memoria, esa curva

conservaba su total intensidad vertiginosa y volvía sobre ella repetidamente.

Hubo un semáforo antes de que doble y ahí él empezó a hablar del asunto. Mi mirada estaba clavada en la ventana mientras me mantenía haciendo equilibrio toda apretujada y cuando escuché la noticia me morí un poco. Sabía que esa parte de mí se había terminado.

Yo andaba por la vida recolectando historias pero las historias no se dejan recolectar sin que pagues un precio por ellas, el precio es vivirlas, gozarlas, sufrirlas y llorarlas; y de ser posible, sobrevivir para contarlas. Nunca me detuve mucho en la última parte, sobrevivir no era parte del plan, sin embargo sucedió.

Hay coleccionistas de insectos que clavan mariposas muertas en pedazos telgopor. Hay gente que anda por el mundo cazando historias y clavándoselas en la carne; al parecer, en ambos casos de coleccionistas los sujetos son bastante compulsivos, por no decir que ese acto en

ellos es casi inevitable, inherente a la personalidad misma.

Cuando me dijo que se iba supe que se había acabado una parte de mí que me venía gustando mucho. Se había enamorado de alguien que vivía lejos, en otra tierra y con otros ríos.

A veces nos enamoramos, eso era lo de menos, son cosas que suceden. Podía superarlo si eso no quería decir que además ya no podríamos más recorrer juntos las calles durante horas yendo hacia ninguna parte, mirando la gente, colándonos en todos los edificios que podíamos con varios artilugios que aprendimos para ver la arquitectura desde adentro y discutir sobre los estilos, o mandarnos hasta las terrazas y contemplar la ciudad desde arriba. A veces también usábamos las terrazas, así como las escaleras o los ascensores, para dar vuelo a nuestras simples y urbanas fantasías eróticas saboreándonos mutuamente.

Después robábamos algo de comida de algún supermercado y nos sentábamos en

la vereda a consumir el botín mientras hablábamos sin parar de cualquier cosa. Cualquier cosa, cualquier tema ameritaba horas de conversación y de análisis viendo la gente pasar y juzgando al mundo como el lugar más enfermo del universo y nosotros embutidos en él sin tener como zafarnos.

Andábamos por ahí enfermos de mundo riéndonos a carcajadas sucias, tristes, cínicos y heridos, devorándonos la vida de a cachos; la vida devorándonos también a nosotros.

Recuerdo en especial una noche en la que caminábamos por el rosedal y me habló de sus amores, de su padre que era un ser despiadado y despreciable parecido al de Bukowski/Chinaski en *La senda del perdedor*, de la nostalgia del país abandonado por los exilios... y de un montón de cosas más que se borraron pero que hicieron que su humanidad me conmueva profundamente.

Algo que amo en algunas personas es que puedo reanudar las conversaciones en

el lugar que las dejamos aun cuando hayan pasado una gran cantidad de años desde la última vez que nos vimos. Incluso cuando no están, la conversación continua en mi mente, continúo contándoles cosas y adivinando sus respuestas.

Así fue después de aquella temporada con ese chico. Esa gente sigue siendo la gente de la que uno se siente parte, de la que uno nunca se despegó del todo. Una sensación de pertenencia que trasciende el amor, el placer o el deseo y se instala en la parte subcutánea de nuestro cuerpo, entre la piel y la sangre que corre como loca desde un corazón incendiado. Es como las células que nos conforman, somos eso, sin ellos, no somos.

En el colectivo del que hablaba sucedió el primer paso hacia ese lugar que todavía me era desconocido. El lugar donde la presencia constante del chabón que te acompaña en todas las andanzas, pasa a ser el hueco vacío del que ya no está y se

convierte, mediante una alquimia bruta, en parte del pasado.

Además a veces uno hace promesas que después no puede cumplir. Por ejemplo le prometes a alguien un encuentro dentro de veinte años en la esquina de Corrientes y Callao, en una mesa de la ventana del bar La Opera a las diez de la noche - independientemente si cada uno se casa, tiene hijos, gana un Oscar o hace la revolución - mientras miran un libro con fotos de las obras de Gaudí tirados en el sillón de la casa de un amigo. Tenés dieciocho años y podés prometer cualquier cosa. La vida todavía no tiene peso y creés que tanto la ingenuidad como la desesperanza no te van a abandonar nunca. Pero no es así, tanto una cosa como la otra desaparecen en algún momento.

Nosotros nos prometimos eso, ese encuentro.

La conjunción entre los adioses y las promesas de ese tipo son bastante singulares.

Los adioses se componen de un chau y el posterior vacío circundante, las calles huecas, los cuartos deshabitados, las camas con un lado frío. Nada más. Construir el fantasma del ausente proveyéndole de toda la mística que se merece, acentuando en cada recuerdo los más ínfimos detalles, colocando en relieve cada suspiro que en el acto pasó inadvertido pero que el inconsciente captó y en las posteriores marchas solitarias se repiten incesantemente en la mente del que, una y otra vez, vuelve sobre el mismo recuerdo y que lo atrae con un poder al que es incapaz de resistirse.

Después pasa, la vida sigue. Tal vez no sea ni el primer ni el último fantasma en honor a alguien que se ha ido que fabriquemos, tal vez sí, pero da lo mismo.

Las promesas de este tipo de las que hablo, promesas a largo plazo, se guardan en el cajón de la mesita de luz y se olvidan rápidamente. Sin embargo, sucede a veces en el planeta que habitamos y que es un lugar sediento de hechos incongruentes,

que por algún motivo se niega a que las cosas aterricen a la fuerza fuera de lugar. Se tejen en alguna parte los encuentros y los pequeños seres humanos desavisados no pueden más que acatar valerosamente su destino.

Sucedió entonces que habían pasado veinte años, yo no había ganado un Oscar ni había hecho la revolución, tampoco había hecho muchas otras cosas de las que soñaba cuando tenía dieciocho, por suerte había hecho muchas más que cuando tenía esa edad ni siquiera me hubiera atrevido a imaginar.

Ya no estaba en Buenos Aires, por supuesto no me acordaba de la promesa ni de la fecha en la que habíamos quedado ni siquiera sabía la fecha en la que vivía en ese momento.

Estoy entonces en Santa Elena de Uairén en la Gran Sabana venezolana tomándome una cervecita arrodillada en el suelo y mirando la tarde caer encima de los Tepuys, viendo las nubes devorándoles la cumbre, los hilos de agua caer como locos

en picada hacia el suelo, imaginándome los ríos que se forman y que mi vista no podía distinguir por la lejanía. Siento que estoy en el lugar más bello del mundo lo cual me llena bastante el alma, aunque no del todo porque mi alma anda siempre con algún agujero. Sin embargo el sentimiento es bastante parecido a la plenitud y el éxtasis.

Hubo una carcajada seca a mis espaldas, una carcajada tan conocida que no tuve que darme vuelta para saber de quién era la boca que la producía. Venía solo, subiendo el camino hacia donde yo estaba, venía buscando el lugar de la buena vista y me vio de espaldas. Él tampoco necesitó que me diera vuelta para saber que yo era yo.

Estuvo tan bueno ese encuentro, nos devoramos tanto y con tantas voraces ganas que fue lo suficientemente poderoso como para fijar el próximo, en algún momento, donde sea que suceda, con la certeza absoluta de que ahí estaremos. O por lo menos, eso es lo que quiero pensar.

Un día y una noche a principios de los 90

Los 90 fueron tiempos solitarios y acerados, fríos. Ni siquiera sé si solitarios, más bien desolados. Algunos atormentados, mejor dicho, nos dimos el lujo de ser solitarios.

Era una tarde de algún mes de invierno, siempre andábamos de a tres, los dos pibes y yo. A veces había alguien más pero nosotros éramos el núcleo duro del asunto en ese año, después todo cambió.

La cuestión es que no teníamos plata. Bueno, yo nunca tenía, además era la más chica, los otros dos se supone que eran grandes, por lo menos para mí siempre fueron grandes. Por otro lado nunca había entendido cómo era el tema de la guita, siempre anduve sin nada, siempre me

invitaban todo, a comer o a cualquier otra cosa, vicio o gusto.

Como dije, estábamos cerados. No me acuerdo para qué específicamente necesitábamos la plata pero sé que además de no tenerla, tampoco teníamos nada más que tuviera valor porque ya todo había sido empeñado.

Lo único que había sobrevivido era una máquina de escribir vieja, pero no tan vieja como para ser una antigüedad. Vieja como de los 60 o 70, de plástico rojo y una base blanca amarillenta y bastante fea.

Nos vamos hasta Corrientes a la altura del Abasto, el shopping todavía no existía, era sólo el esqueleto ruinoso del antiguo mercado lleno de ratas y vagabundos. En la vereda de enfrente había dos locales que compraban cosas, aun hoy los veo cuando paso por ahí.

Vendimos la maquina en el que nos ofrecieron más. No recuerdo en qué gastamos lo que ganamos pero sé que fue

en dos segundos y después de eso volvimos a estar cerados y sin nada que vender.

Habremos vuelto al departamento donde nos refugiábamos, zigzagueando por la ciudad, alegres y borrachos.

Como a las doce de la noche salimos otra vez, la imagen que tengo es tan grotesca que da risa... Vemos un fitito rojo, uno de mis amigos lo abre y lo pone en marcha haciendo contacto con los cables de abajo del volante. Tenemos coche, somos casi ricos.

Nos encantaba capturar autos y andar por ahí, por la ciudad hasta el amanecer, y después abandonarlos en cualquier parte. Esta era la primera vez que era un fitito. Los fititos son bizarros, éramos 3 y atrás no tiene puertas, obviamente atrás iba yo porque era la más diminuta, los otros dos grandotes se sentaron adelante y cantaban alguna cosa con voz de hombres locos.

Cuando dejé de sentirme encerrada en una lata de atún me relajé y me recosté contra el asiento marrón y dejé de escucharlos. La ventanita me dejaba ver

Buenos Aires del modo que me gustaba, sobre ruedas y de forma silenciosa, las calles sin gente, iluminadas de forma amarilla y triste. Nos fuimos para el lado de la Paternal, de Parque Chas, de Agronomía. Yo sólo pensaba en Trisol Suárez que era el personaje de los cuentos que estaba escribiendo por aquellos tiempos. Me lo imaginaba caminando por ahí, más que nada por la Paternal, mirando los arbolitos raquíuticos de las veredas que ahora estaban desiertas y yendo a comprar vino con paso lento. Me imaginaba a María que era su chica, esperándolo en el cuarto en el que vivían, tirada en la cama mirando el techo y pensando en trenes y lugares lejanos a los que nunca podría ir y en otros tantos de los que había huido. María que era una sobreviviente de todo lo duro que tiene la vida de los que tienen que sobrevivir a una vida dura.

El fitito avanzaba, no le faltaba nafta, avanzaba por la ciudad sin gente, por barrios de casas bajas.

Era principios de los 90, todavía no había sucedido el aluvión de familias enteras viviendo en la calle. Todavía el sueño idiota estaba vivo.

Después de unas vueltas sin sentido por Parque Chas, donde yo creo que definitivamente se abre una puerta a una dimensión desconocida; así como Cortázar cree que en el subte el tiempo se contabiliza de otra manera, yo creo y afirmo que Parque Chas, por lo menos de noche, por lo menos en un auto robado, por lo menos para nosotros tres, es una puerta siempre abierta para una dimensión desconocida. No porque pasa nada en particular sino porque los sentidos son alterados de forma inequívoca. Después de ese paso iniciático por esa puerta, no volvés a ser el mismo.

Bajamos cerca de Agronomía a estirar las piernas, a caminar un poco, a sentarnos en el pasto de una placita. El reloj siguió contando minutos como tenía ganas, consumiéndonos las horas mientras arreglábamos el mundo con la lengua, aventurábamos las posibles soluciones a la

guerra de lo que había sido Yugoslavia como si todo fuera un tablero de ajedrez. Todavía no sabíamos de las violaciones masivas y sistemáticas ni de las limpiezas étnicas; tampoco Kusturica había hecho Underground. Recién estaba empezando todo eso.

Después nos subimos a un árbol de ramas gruesas y no muy alto y nos quedamos ahí, contándonos historias, yo a veces leía algo de lo que tenía en mi cuaderno que llevaba en el morral y hablábamos de novias y novios, de minas, de pibes y de borracheras.

A uno de los chicos le encantaba lo que yo escribía y me hacía releerle el mismo texto una y mil veces, y después que pasaba un rato, me pedía que lo leyera otra vez.

Cuando el cielo se aclaró y ese naranja rosado porteño se vislumbró en el horizonte, nos subimos otra vez al fitito y anduvimos con él hasta dejarlo casi donde lo habíamos encontrado. Desde ahí caminamos devuelta hasta el lugar donde

recalábamos en aquellos tiempos y
dormimos sueños absurdos y coloridos.

Crónicas desde una ventana

Fue en el 97. Llegué a Manaus remontando el río durante siete días y siete noches. A la madrugada del día número ocho el Amazonas se fundió con el Río Negro -a duras penas porque parece querer mantener su color a rajatabla-, y el gran barco estacionó en el puerto.

Los oficiales nos dieron la recomendación de no bajar a tierra hasta que la mañana estuviera instalada para evitar los salteadores nocturnos. Obedeciendo, la mayoría de los cuatrocientos pasajeros que veníamos durmiendo en nuestras hamacas, nos acurrucamos y seguimos con nuestro sueño tranquilo hasta que el sol se dejara ver.

El nuevo día se iniciaba, dejábamos atrás los botos y los niños de las márgenes que se acercaban a nosotros jugando en sus canoas o nadando y que nos habían acompañado en distintos momentos durante toda la travesía. La geografía ahora cambiaba. Nada de verdes bosques y marrones del río salvaje, volvíamos al imperio de lo humano; a una ciudad emplazada en medio de la selva creada por una locura frenética de lucro y progreso. Bajamos del barco. Los pasajeros más cercanos con los que conviví durante ese tiempo y que nunca más volví a ver, que durmieron, comieron y se bañaron junto conmigo, me dieron un caluroso abrazo y cada uno continuó con su camino. Yo me había embarcado con gente que conocí por ahí, una chica y un chico suecos y otro chico medio argentino, medio mexicano.

Atravesamos la ciudad con mis tres amigos en busca de algún lugar para quedarnos al alcance de nuestro bolsillo. Pasamos por la plaza, por el teatro de la

ópera y por favelas de palafitos; finalmente caímos en el Hotel Luz.

Era éste un hotelito para viajeros con escasos recursos y para algunos otros que, en vez de seguir viaje, habían decidido quedarse y alquilaban una habitación por mes; también había gente, que por negocios o algún otro motivo, tenía que pasar algunos días en la ciudad.

Fue allí donde transcurrieron los hechos que quiero relatar.

La mañana posterior a nuestra llegada, en la sala del desayuno, conocí a un señor de unos sesenta y pico que se había instalado en Manaos con la firme convicción de encontrar El Dorado.

Según su relato, esta mítica ciudad se encontraba perdida en algún lugar del Amazonas y él, a fuerza de reunir documentos, mapas, historias y chimentos, estaba armando una comisión de viaje para encontrarla. A mí en particular no me interesaba en lo más mínimo El Dorado pero me había picado la curiosidad de la historia personal del tipo, cómo alguien

llegaba a creer algo así y cómo ponía al servicio de eso el resto de su vida.

Como dije, lo conocí en el salón del desayuno, no me acuerdo cómo fue que llegamos al tema de la búsqueda de la Ciudad de Oro pero sí que quedamos en un encuentro para esa misma noche en su habitación, en el cual me mostraría la información que había recaudado.

Yo tenía 20 años y no era para nada una chica ingenua. Me imaginé que era el típico chamuyo de viejo lascivo y que una vez en su cuarto iba a tratar alguna maniobra de la que por ahí no pudiera zafar pero la curiosidad de ver los documentos pudo más que la prudencia, así que agarré la navajita que siempre me acompañaba, me la metí en el bolsillo y fui igual.

Cuento aquí que la convicción del hombre era genuina. Cuando llegué vi la cama tapada de papeles de todo tipo y que se extendían hasta el piso, donde además, había una gran cantidad de libros que trataban del tema de la leyenda y de otros aventureros que ya se habían embarcado

en la empresa de rescatar el tesoro olvidado y habían fracasado.

El cuarto olía mal pero la ventana estaba abierta así que me acerqué a ella tratando de limpiar mis pulmones y fue entonces que algo del exterior, dos pisos abajo de donde me encontraba, me llamó más la atención que el hombre que parloteaba adentro.

El terreno lindero al edificio del hotel era baldío y entre la oscuridad de la calurosa noche y los pastos altos se podía ver que una bandita de niños y niñas habían hecho pequeñas cabañitas improvisadas con cajas de cartón. Los seguí con la mirada y descubrí que un muro de ladrillo los circundaba y que debía tener algún hueco que usaban como entrada porque los veía entrar agachados y luego erguirse.

No pasó mucho tiempo en el cual mi atención estuvo dividida entre la historia del hombre, que si mal no recuerdo se llamaba Sebastián y que según contó, era argentino, periodista y un día salió a cubrir una nota en Paraguay donde por algún

motivo hubo un enfrentamiento con los militares y a él lo habían dado por muerto; con lo cual nunca volvió al país y abandonó sin más a su mujer y sus hijos. Si esto era verdad o no, no tengo idea, pero fue lo que dijo. A partir de ahí se había dedicado a viajar por Brasil, lugar donde huyó después de lo ocurrido, hasta que llegó al Amazonas. Se instaló en Manaus y compró un barco que usaba para pasear turistas y juntar dinero para la expedición que vivía planeando.

Mientras escuchaba atentamente, seguía mirando por la ventana.

Las edades de los niños de abajo, a juzgar por su tamaño, iban entre los cuatro o cinco y no más de diez años.

Se sentaron en una pequeña ronda, sacaron comida y bebida. En eso estaban, dedicados a saciar su apetito entre algunas charlas y risas cuando de pronto y sin previo aviso, irrumpió la policía. Habían llegado en un patrullero sin hacer sonar la sirena y estacionaron del otro lado del muro en completo silencio, tanto así, que

yo que miraba desde arriba, no me había dado cuenta del movimiento hasta que vi que el primero que entró agachado, se paró y agarró de forma bestial a uno de los chicos. Después fueron entrando de a uno los otros tres que estaban en el auto.

No sé bien cuantos eran los nenes pero sé que la paliza que vi fue terrible. Los agarraban de los pelos mientras trataban de correr y los golpeaban de forma atroz, sin reservas, sin culpa, sin miedo ni cuidado. Fue un instante. Dejé de escuchar lo que Sebastián contaba y traté de bajar a ver si podía hacer algo pero entre que mi cerebro decodificó lo que estaba pasando y reaccioné, ya era tarde, se los habían llevado. Duró una nada de tiempo, llegaron, los cagaron a golpes y se los llevaron. Punto. La eficaz eficacia del mal.

Mientras sucedía llamé su atención para que se acerque a la ventana y viera, pero siguió en su tema inmutable y lo único que dijo fue: Sí, sí, así son las cosas por acá.

No lo quise escuchar más. Me inventé una excusa y salí del cuarto. No tenía

intenciones de volverlo a ver ni de acompañarlo en su demencial iniciativa. Una sensación horrible me invadió, llanto y miedo de no saber qué fue de esos chicos y una serie de imágenes atroces se conjugaron en mi cabeza imaginando sus futuros e inmediatos destinos.

Al otro día fui a ver el terreno. Tenía un hueco en la pared como había previsto. Me asomé y vi envoltorios de galletitas, algunas botellas tiradas y las cajas de cartón. Nada más.

No había más testigos que yo de lo que había pasado la noche anterior y mi ineptitud de no saber qué hacer con ese testimonio. Lo escribí en el diario de viaje que llevaba, pasaron unos días más y me fui al norte, rumbo a Boa Vista.

No publique un artículo sobre la violencia policial en el Estado de Amazonas, no me animé a ir a la comisaria a pedir explicaciones o buscar más información, intuía que nadie me diría nada.

Esa historia quedó ahí hasta hoy, sin ser contada.

No hay regreso

Salgo a la calle, me siento en el escalón de una casa vieja y miro hacia adelante. La gente pasa, los autos pasan, los árboles se mueven en su bailecito rítmico de viento y se sacuden con ruido. Yo me quedo ahí, quieto un rato, sentado, denso. Pienso en la cantidad de caminos que he atravesado para llegar hasta aquí. Estiro las piernas sobre las baldosas, inspiro el aire sucio de la primavera en Buenos Aires y fijo la vista en un horizonte que no existe, que la ciudad no me permite ver pero que se ha clavado en mi retina a fuerza de haber sido mi única compañía durante mucho tiempo.

Lo que más me asusta es sentirme en este abismo de sentidos y saber que los caminos que elegí y que tomé en algún momento se han desdibujado, no existen más sus contornos, sus puntos de partida ni sus llegadas; que para seguir siendo no es suficiente lo que fui ni de dónde vengo, que el *yo* no *es*, sino que se hace y en esa construcción, desconstrucción y reconstrucción permanente, los sentidos que le otorgamos a las cosas también se modifican.

Vuelvo a pensar, como tantas veces en estos últimos días, en la reflexión que hace Kundera del eterno retorno. En el peso que tendrían las cosas si se repitieran infinitamente, siempre, para siempre; y en la liviandad de lo único, de lo que sólo se produce una vez, lo efímero del instante.

Y concluyo de nuevo lo mismo, es imposible el regreso.

No hay regreso, pienso sentado en el escalón. No se puede regresar porque las cosas no han quedado donde uno las ha dejado, todo se ha modificado, el tiempo ha

pasado. Si fue de forma lánguida o voraz, da lo mismo. Nada está, nada es como cuando lo dejamos. No hay nada que recuperar, ningún lugar donde volver porque nada sigue siendo, nada se quedó fijo en nuestra ausencia, todo mutó aunque nuestra percepción sensorial o la nostalgia a veces quieran negarlo.

Esto es volver, pienso otra vez mientras sigo ahí sin moverme y algún rayo de sol se digna a venir en dirección a donde estoy y calentarme un poco.

Miro mis manos grandes y un poco agrietadas por el trabajo y siento la ciudad latiendo en cada centímetro cúbico de sangre que fluye por mi cuerpo. Me doy cuenta que la extrañé durante mucho, que aunque yo no sea ahora el mismo yo que se fue hace casi veinte años, algo de mi sigue teniendo sentido sólo acá, en este rincón del planeta. Un rincón que tal vez no sea el mejor ni el más bello pero que es donde el orden que le otorga significado a las cosas me es un poco menos desconocido.

Pongo la cabeza un rato entre las piernas y me quedo quieto mientras el sol hace su tarea de revitalizarme. Pasa algún tiempo, no sé cuánto pero no me importa, no tengo horarios, acabo de llegar y nadie sabe que estoy acá, no tengo ninguna obligación inmediata. Sólo quiero caminar por la ciudad y dejar que me cuente sus secretos más íntimos o simplemente cosas banales, lo que me he perdido en todo este tiempo que no nos vimos.

Me levanto y empiezo la marcha.

Todavía es temprano, los porteros están limpiando con manguera y escoba y los chicos van a la escuela.

Hará unas cinco o seis horas que llegué a Retiro y habré viajado alrededor de treinta en un micro bastante lamentable. Pero eso sí, la vista por la ventanilla valió cada instante que me pasé en ese asiento finito e incómodo. Demasiado bello todo, demasiado triste y hermoso cada atardecer recortado entre los paisajes diversos de esta nuestra América con sus tantas penas y exuberancias.

Y después, las luces a lo lejos de Buenos Aires. Esas luces amarillentas y gastadas que van creciendo a medida que te acercás y sus edificios, sus plazas, sus bares y toda su geografía va tomando forma. Y uno ahí, pequeño.

Después Retiro. Retiro y uno con su mochila y la cabeza tildada de tantas cosas, de tantos estímulos, de volver a oír tu idioma, tu acento, de volver a ser local.

Es tarde, me tomo un taxi con la plata que logré cambiar, le pregunto al taxista si conoce una pensión, me dice que sí y allá vamos.

Dejo la mochila en un costado del cuarto con piso de madera, me recuesto en la cama pero no me duermo. El día asoma, rasga la noche, salgo del cuarto, atravieso el pasillo y me siento en el escalón de la casa de al lado.

Ahora, como dije, estoy caminando. Antes de ir a donde tengo que ir, el motivo real por el cual vine, quiero tener unas horas a solas con esta ciudad hambrienta.

Miro cada lugar, cada rincón. Enfilo para mi barrio de siempre, para mis calles de siempre, de niño y de no tan niño.

Por suerte estoy bastante lejos y tengo tiempo para seguir pensando en Kundera. Espero que el eterno retorno sea una falacia. No quiero volver a pasar por esta situación para siempre. Me gustaría que la leve fugacidad del instante se reflejara ahora en mí y no sentir este peso duro en el pecho. Pero no lo consigo, tengo una laja clavada en la boca del estómago.

Nadie sabe que llegué pero me esperan para estos días.

Recibí un mail hace más o menos una semana que me comunicaba que mi padre había muerto. El mail lo firmaba un tipo a quien yo no conocía pero que decía ser amigo de mi tía. Una tía a la que no veía desde no sé cuándo y que no me producía ninguna simpatía.

Decía que tenía que venir a buscar las cenizas y a ocuparme de las cosas prácticas como el departamento y el coche.

Son las vicisitudes de la vida. A la gente le pasan estas cosas en algún momento, los padres mueren.

No sé qué me sorprendió más, si enterarme de la muerte de alguien que no veía hace tanto tiempo, alguien que se había alejado de mí como si nuestra historia común nunca hubiera tenido lugar y todo hubiera sido una gran mentira, o darme cuenta que era como si ese tiempo no hubiera existido. Que, aunque nunca pensaba en él, todavía sentía su presencia fuerte a mi alrededor en varios momentos, a veces hasta podía sentir el calor de su mano en mi nuca como cuando era chico y me enseñaba a cruzar la calle o el roce de sus camisas cuando me daba un abrazo.

O darme cuenta ahora que en el fondo viví anhelando algo así como un reencuentro. O darme cuenta cabalmente que el tiempo se agotó y el reencuentro no sucedería... Sigo sin saber qué me sorprendió más, ya tampoco importa.

Villa del Parque es un mundo. Su olor me invade, ya no tengo defensas. La ciudad con todos sus significados, con todos mis recuerdos duros, me mastica, me deglute, y yo, blando, me dejo hacer.

Unas cuantas historias para una noche

Me miró y el blanco del ojo se azuló un poco por el reflejo que venía de la calle. Las luces de los autos chocaban contra la ventana de la casa y adentro todo quedaba más claro. Sólo había una bombita encendida que estaba en el baño, a unos cinco metros de donde estábamos ahora.

El fin de la tarde nos había agarrado así, conversando mientras el día se iba y nos quedábamos en la penumbra. Los palitos chinos estaban desparramados en el suelo, agarrábamos de a uno sin tocar los demás con gran precisión.

El asfalto afuera estaba todavía húmedo porque había llovido todo el día. Nosotros salimos a caminar un rato bajo la lluvia

pero ya hacía un tiempo que habíamos vuelto. Hicimos un mate y nos sentamos en el piso al pie de los sillones gastados, encima de la alfombra vieja, sucia y bordeaux que estaba puesta directamente sobre el piso de cemento pelado a retomar la conversación que veníamos sosteniendo.

Ahora el mate estaba frío, la conversación también. Hubo un silencio prolongado como antes de la creación del mundo, un silencio hondo y cerrado.

A lo lejos nos llegaba el ruido de la calle pero el ruido no consigue rasgar el silencio que se había instalado entre nosotros.

Una ambulancia ruge.

Nosotros a veces nos miramos y otras veces miramos para otro lado porque algo nos incomoda. La única luz que está encendida alarga las sombras de todas las cosas; los muebles, los palitos chinos y nosotros tenemos sombras crecidas en la penumbra.

De repente él se para. Yo no digo nada y sigo sentada. Lo veo sacarse la ropa de a una prenda por vez. Cada cosa que se saca

la tira al piso, a un rincón. Yo sigo sentada y muda. Las sombras alargan su cuerpo y sus gestos. En un rato queda completamente desnudo.

Se queda parado ahí, me mira un instante y me agarra la mano para que me levante también. Me paro, no digo nada y llevó a cabo el mismo ritual, me saco la ropa de cosa por cosa, dejo todo en el mismo rincón. Los gestos son mínimos, no hay pretensiones de erotismos sobreactuados. Se oyen las respiraciones y el ruido de los autos y de la gente que pasa por la calle. Nos damos un beso largo, lento y húmedo. Fue el primer beso que nos dimos, nuestro primer beso.

Los palitos chinos siguen en el piso, nosotros nos acostamos en el sillón viejo y nos deleitamos sin prisa.

La luz de la única bombita seguía arrojando sombras largas.

Salimos otra vez. La vereda está llena de hojas mojadas que se han ido amontonando con el viento. Salimos en

busca de combustible: un vino y algo de comer.

Paramos en una de esas pizzerías que no tienen lugar para sentarse así que nos acomodamos en la vereda con la caja ente los dos y la botella que habíamos comprado que descorchamos a nuestra salud con el sacacorchos del llavero.

En eso llama un amigo que nos pide que nos encontremos por ahí y que vayamos a la casa con él, se oye bastante mal así que sin hacer demasiadas preguntas nos tragamos lo que queda de pizza y de vino y allá vamos.

Un rato más tarde estamos en un colectivo cruzando Puente La Noria. El riachuelo espeso huele como siempre, a esa mezcla lechosa de desechos químicos oleaginosos y restos de materia fecal. En el viaje J nos contó que el padre había pirado y se había desecho en puñetazos contra su madre. Nos pidió que pasáramos la noche en su casa para hacerle compañía por si volvía a estallar. El padre era un tipo enorme así que en realidad nos daba

bastante miedo pero no teníamos como zafar, era nuestro amigo y teníamos que quedarnos con él.

Cuando llegamos el viejo no estaba, la madre estaba sentada en la mesa de la cocina de la casa que tenía un solo ambiente dividido por cortinas con flores. Ella tomaba mate y escuchaba la radio en un aparato viejo y tenía la cara escondida entre las manos. Nos saludó con la cabeza y atravesamos una de las cortinas, después había una puerta que llevaba a un patio donde estaba el baño que era una pequeña casilla con un pozo en el piso y después aparecía la habitación que nuestro amigo se había hecho en el fondo con chapas.

Era invierno y todo estaba helado, las chapas hacen que todo se hiele más aunque tengan madera por dentro.

El cuarto estaba invadido por autorretratos y dibujos y pinturas de mujeres desnudas, en las más diversas técnicas, óleos, acrílicos... Nos sentamos un rato en silencio, estábamos todos a la expectativa por si volvía el tipo sacado y

había que ir a frenarlo o llamar a la policía o algo.

Pasó un rato largo donde sólo nos comunicábamos por monosílabos pero después de un tiempo la cosa se fue distendiendo y, aunque seguíamos atentos y sin bajar la guardia, empezamos a charlar de cualquier cosa.

Al cabo de unas horas, ya era bien entrada la noche, sabíamos los nombres y las historias de cada una de las mujeres de los cuadros, cada una había sido pintada desnuda a cambio de algo. Sólo en un caso ese algo era dinero, en el resto fueron cosas más simples como una noche de buen sexo, una salida a caminar por el rosal o un viaje en tren hasta el tigre y algunos mimos.

Primero nos contó la de una rubia que se mordía el labio de abajo con unos dientes un poco filosos y que estaba acostada boca arriba con las piernas extendidas y cruzadas sobre un fondo azul, como flotando en el espacio. El cuadro era sólo ella y el fondo azul, distintos azules de azul, distintos trazos de azul, pinceladas azules,

movimientos azules circulares. Ella flotaba. Tenía las tetas grandes, el vello púbico de color claro y las curvas definidas y anchas.

Resulta que la piba era la hija del jefe de la fábrica donde él trabajaba, se llamaba Sofía y quería ser actriz. Se conocieron por esas cosas de la vida en una fiesta y hablando se dieron cuenta que J era empleado de su padre. El padre era un idiota, eso ella lo sabía bien así que no perdieron el tiempo hablando del asunto. La fiesta era en un departamento en San Telmo de una gente de una compañía de teatro que había venido de alguna provincia a Buenos Aires y vivían ahí, todos juntos. Bueno, no todos pero sí varios.

Después de una conversación no demasiado larga y de unos besos jugosos, terminaron en uno de los cuartos. Después del sexo y todo lo demás J le pregunta si le podía sacar una foto para pintarla, porque él, además de operario en la fábrica de tornillos, era pintor. Sofía dice que sí.

J pinta el cuadro, averigua el número de celular de ella y le manda la foto. A Sofía le

encantó el cuadro y le encantó ser pintada. Se hace imprimir la imagen y la cuelga en su cuarto. De esto él se entera porque es la respuesta en el mensaje que ella le manda. Punto, fin de la historia de Sofía. Ahora ella flota en un fondo de óleo azul y desnuda para siempre.

María era la chica que estaba dibujada en lápiz. Estaba sentada en un banquito chiquito, como esos que usan los niños para jugar. Está sentada con las piernas abiertas, los brazos caídos al costado del cuerpo y tiene un sombrero como el que usa en *La insostenible levedad del ser* el personaje de Sabina. Mira hacia arriba como con ganas de comerse el mundo y sonríe de costado. Esa sonrisa que dice que no hay alegría sin dolor en este puto universo.

Es flaca, tiene el pelo negro, lacio y muy largo, casi no tiene curvas ni tetas, sin embargo todo en ella exhala sexo y desenfreno.

María andaba sola por la noche en que se gestó el dibujo. Una pelea estúpida con

un novio estúpido. Se conocieron con J en un bar de por ahí, cerca de Congreso. Ella tomaba una cerveza sola en una mesa de una esquina, al lado de la ventana que daba a la calle. J pasaba por la vereda, siempre con esos ojos de cazador de imágenes enfurecido.

En realidad él venía por la vereda de enfrente y cuando la vio de lejos, cruzó Rivadavia sin pensarlo un segundo y se abalanzó hacia adentro. La encaró de una y le preguntó si se podía sentar.

Ella lo miró con la misma mirada que está ahora dibujada en lápiz y movió la cabeza como diciendo que sí, que le importaba un carajo quién se sentara enfrente.

Así quedaron, en silencio tomando cerveza y comiendo maní un rato largo. Después de la segunda Quilmes María le dice que si tiene ganas de acompañarla hasta el Tigre que quiere ver un poco el río. J dice que sí. Encaran el 64 hasta Belgrano y ahí se suben al tren. J pensó que lo

podrían haber tomado en Retiro pero no dijo nada.

En el viaje que demoró como dos horas entre el bondi, el tren, la espera y todo eso, fueron conversando de las cosas de la vida. Ella bailaba tango los fines de semana en Recoleta, sacaba fotos para algún día hacer algo con ellas y durante la semana era correctora de textos para una editorial que estaba recién empezando.

J le contó por dónde vivía, que pintaba y dibujaba autorretratos y mujeres desnudas, que había hecho cursos de varias técnicas en centros culturales cerca de su barrio y en otros barrios, y que ahora estaba juntando material para exponer todavía no sabía ni cómo ni dónde. Y que además trabajaba en una fábrica de tornillos.

La noche empezaba a avanzar y nosotros tiritábamos mientras escuchábamos las historias y tomábamos más vino de una botella salvadora que apareció por ahí.

En fin, parece que cuando llegaron al Tigre había una luna redonda y amarilla

que colgaba de un costado del cielo y a esas cosas nadie es inmune.

Caminaron siguiendo la línea del agua y mientras que hablaban de cualquier cosa María le preguntó si quería pintarla a ella. Él le dijo que para eso había entrado al bar. Los dos se rieron un rato y siguieron caminando por ahí. En esas cosas pasan por delante de un restaurante abierto y María pide permiso para usar el baño.

J se queda esperándola en un costado. Pasa un rato y la ve salir a pasos largos con algo en la mano. Cuando se le acerca ve que es una cámara de fotos que se la extiende para que mire lo que muestra la pantalla.

Había varias fotos de ella desnuda con el sombrero y en el banquito. J las mira una y otra vez hasta que elige la del cuadro y ella se la pasa directo al celular.

Una vez de vuelta en camino le contó que había entrado al baño con la intención de sacarse la foto parada arriba del inodoro pero que en un costado estaba el banquito y colgando de un perchero medio viejo se encontró con el sombrero y no lo pudo

resistir. Apoyó la cámara en la pileta de lavarse las manos y ahí nomás disparó contra sí misma la cantidad de imágenes que pudo.

Cuando llegaron de nuevo a capital se separaron por Once con un abrazo apretado y un beso en la frente.

J también le mandó una foto del cuadro y ella le contestó con una promesa de invitación a cenar que nunca se concretó.

Ya eran como las tres de la mañana y del padre ni rastros. Nosotros no sabíamos si eso era bueno o malo, pensábamos que podía volver en cualquier momento borracho y cagarnos a todos a palos, o que por el contrario, no iba a volver esa noche o nunca más.

Sobre una cama amarilla, de costado, al mejor estilo Maja desnuda, estaba Margot.

Margot era una mina grande, debía rondar los cuarenta y tenía la cara triste y de copas. El cuerpo estaba bastante gastado

pero conservaba su apetencia sexual de manera digna.

Al lado de la cama se veía un portarretrato con una foto indescifrable, en la pared colgaba algún afiche o cuadro también indescifrable.

Margot apareció un día caminando por Pompeya del brazo de una amiga de J y así se conocieron. Ellas dos estaban juntas aunque se vivían peleando.

En aquel tiempo los tres se la pasaban andando por ahí, caminando, tomando algunas birras y escuchando música en la pieza donde ellas vivían, en una pensión por Pompeya, a la hora que caía la tarde.

Un domingo la primera amiga de J se tuvo que ir a La Plata a resolver un asunto familiar y J se quedó con Margot. Primero escucharon música como siempre y después salieron a dar una vuelta.

Después de caminar un rato Margot le dijo que quería ir a conocer el Rosedal. Le parecía absurdo vivir en Buenos Aires hacía más de diez años y nunca haber ido a pasear por los bosques de Palermo.

Ahí nomás se tomaron no me acuerdo qué colectivo y atravesaron la ciudad que domingueaba tranquilamente.

Bajaron en el zoológico y caminaron entre gente con patines, bicis, nenes con papás y mamás... Cuando llegaron al Rosedal anduvieron por ahí mirando las cosas lindas, fueron a la isla, se sentaron en los banquitos, dieron varias vueltas por el patio andaluz, miraron los bustos de los poetas y las rosas, por supuesto.

Margot estaba feliz de la vida con el paseo.

Volvieron a la pensión a eso de las nueve de la noche y seguían solos, de la otra chica ni noticias.

Margot se tiró en la cama y le dijo que quería que la pintara. J le dijo que tenía que sacarse la ropa porque sólo pintaba mujeres desnudas.

Ella lo mira con cara de ya vas a ver, pone los Redondos, *La parabellum del buen psicópata* para ser más exactos, y se saca la ropa.

Las sabanas eran amarillas y ella se pone de costado. J busca el mejor ángulo y le saca varias fotos. Se las muestra y ella elije la que está ahora pintada en el cuarto.

Después se queda acostada desnuda.

J se saca la ropa, se mete en la cama y la aprieta fuerte contra su cuerpo. En ese momento se da cuenta que tenía un deseo contenido desde no sabe cuándo. No entiende bien qué le pasa porque no es ni muy bella ni muy nada, pero algo le arde y demasiado, y necesita de esa mujer en ese momento para ser saciado.

Pasan un largo rato juntos abrazados, entrelazados y sacándose las ganas que se habían acumulado durante todo ese tiempo.

Cuando J sale del cuarto la otra amiga todavía no había llegado. Se va exultante, cantando algún blues perdido en la memoria, respira el aire fresco de la noche y camina a zancadas.

Esta vez él mismo imprime una foto del cuadro, lo enmarca entre dos vidrios y se lo lleva personalmente a Margot. A ella se le

alegra la mirada y tiene una sonrisa que queda como suspendida en el medio de los dos. El aire que circula entre ellos es más alegre y dulce que el que en general hay en el mundo normal.

Nadia es el nombre de la última mujer desnuda que vemos. Esta sí se zarpa de linda.

La historia fue así, generalmente J almuerza en la fábrica junto con algunos compañeros, cerca de las máquinas en un lugar donde hay una mesa chiquita con un mantel de plástico con flores azules y cuadraditos rojos.

El día ese, sin embargo, no tenía ganas de estar con nadie. Quería estar afuera aunque sea la media hora que tenía para comer. Se arma un sándwich de salame y queso, sale caminando hasta una plazoleta bastante chota que hay por ahí cerca y se sienta en un banco despintado. Cruza las piernas estiradas, se recuesta un poco en la pared, mira el cielo duro y celeste. Piensa en la sequedad de los últimos días, en su

familia que apesta, en el trabajo que es una mierda, en los cuadros que quiere pintar y que no tiene plata para comprar ni óleo ni tela ni nada. Y que además una vez que los pinte no va a saber qué hacer con ellos... Sigue mirando el cielo de mayo, celeste, frío, cortante.

Pasan algunos minutos y el sándwich de salame sigue en la mano. En realidad no tiene hambre. El estómago está hecho un nudo. No quiere comer, quiere desaparecer del planeta. No, mejor quiere que el planeta desaparezca.

De pronto, de la más absurda nada aparece esta piba, Nadia. Llega a la plazoleta y se sienta en un banco cerca de J y con la cara entre las manos se pone a llorar con gestos espasmódicos.

J la mira un rato, primero no entiende que está llorando porque andaba navegando en sus propias miserias. Pero cuando la mira con mayor detenimiento y se da cuenta, se acerca y le pregunta qué le pasa.

Ella levanta la cara, tiene los ojos rojos y está empapada de tanto llorar. J no termina de entender si lo que le conmueve es la tristeza de la chica o que sea tan hermosa, o las dos cosas juntas.

Pero Nadia no le contesta y sigue llorando. Él se queda sentado al lado de ella con el sándwich de salame en la mano. Después de un rato ella le dice que no se preocupe, que está bien, que puede irse.

Pero no se va. Ya es casi la hora de estar en la fábrica y no se va.

Al final parece que ella se cansa de tenerlo ahí mirándola entonces le cuenta que se fue de la casa, que tiene hambre, no tiene plata ni a dónde ir y que todo es una mierda.

J concuerda con que todo es una mierda, tampoco él tiene plata pero sí tiene casa, además de un trabajo mediocre que le permite no morir de hambre solamente para ir a trabajar al día siguiente. Le pregunta si no tiene amigos o parientes donde pueda pasar unos días. Niega con la cabeza. Le pregunta por qué se fue de la

casa. Niega de vuelta con la cabeza, no le piensa contar pero parece grave. Le pregunta si puede hacer algo para ayudarla. Ella le dice que le de plata, comida o casa; si no puede darle nada de eso, es mejor que se vaya ya y la deje en paz.

J le da el sándwich de salame y le dice que a la noche puede quedarse en su casa. Nadia se queda callada y no sacude la cabeza.

J vuelve a la fábrica.

A las seis y media de la tarde vuelve a la plazoleta, la chica sigue sentada en el mismo lugar como si en cinco horas no se hubiera movido ni un ápice.

Van hasta el colectivo, viajan mal, parados, apretujados. Caminan un poco y suben al segundo bondi, vuelven a viajar mal. No se hablan y no se miran.

J intenta adivinar lo que piensa la chica que le dijo que se llama Nadia. No lo entiende muy bien. Por las dudas no dice nada, sólo va al lado de ella, saca un libro de la mochila para hacer que lee y no sentirse incómodo.

Cuando llegan a la casa, ella se sienta en la cama y se queda mirando el suelo. J pone música y se sienta en un rincón en el piso. Después de un rato va hasta la minúscula cocina de su cuartito y prepara dos cafés con leche y trae pan y manteca.

Comen así mismo, él en un rincón y ella sentada en la cama. El pan lo preparan en una silla que ponen en el medio de los dos.

J entiende perfectamente que preguntarle por lo sucedido en su casa es inútil así que no vuelve a tocar el tema. Comen al son de un Chico Buarque gastado y sin hablar.

Cuando terminan la merienda ella se levanta y va hasta donde está la pileta y lava los platos y las tazas que usaron. Después sí, levanta por primera vez la cabeza y observa detenidamente dónde es que está. Mira los cuadros, los libros, la cama sin tender, la cocinita chiquita, alguna ropa desparramada por ahí, dos sillas y ninguna mesa. Vuelve a sentarse en la cama y no dice mucho, habla como entrecortado y en

monosílabos, J no entiende nada de lo que dice.

Se ve que al rato toma coraje y claramente le propone que si quiere pintarla desnuda, ella lo hace encantada por algo de plata.

J se queda medio mudo porque nunca le habían propuesto pagar para que alguien se deje pintar.

Le dice que no, que no tiene plata, que puede quedarse cuanto quiera en su casa y comer lo que encuentre pero que eso es todo.

Nunca le había pagado a una modelo y le parece casi una deshonra, no le veía mucho sentido.

Nadia se pone a llorar como un bebe destetado. Le cuenta que necesita la plata para irse de Buenos Aires, que quiere irse al Sur a empezar todo de nuevo.

¿Empezar de nuevo qué? Por supuesto no le hizo esa pregunta. Le da lástima el llanto de la piba. Le da lástima no tener plata. Le importa cero pintarla o no pero no

soporta tener una chica así llorando en su cama.

Ok. Le dice que al día siguiente podía pedir un adelanto y darle un poco pero que no le iba a alcanzar ni en pedo para irse al Sur. Nadia dice que no importa, que puede viajar a dedo pero que necesita aunque sea algo para poder moverse.

Cuando llegaron a ese acuerdo eran como las ocho o nueve de la noche. J nunca había pintado una chica en el momento, les sacaba fotos y después hacía el cuadro en todo el tiempo que necesitara, pero esta vez, con toda la noche a su disposición y solamente con las sobras de lápices de colores que tenía en una caja, las cosas se dieron de otro modo.

Ella se desvistió y se quedó parada entre la cama y la silla. J la miró un rato por todos los ángulos, miró el cuarto a su alrededor y al final la acomodó en un rincón sentada en una silla puesta con el respaldo hacia adelante, la cabeza gacha, el pelo negro y enrulado cayéndole en parte de la cara, por los hombros y por las tetas pero sin taparle

los pezones. La cabeza un poco inclinada hacia la derecha y la mirada fija hacia la nada en un punto infinito y turbio que sólo ella veía. Las piernas están abiertas, las manos sobre los muslos.

Y él la dibujó como de arriba y del costado izquierdo, entonces el detalle y la sensación de desnudez, de belleza y de soledad, eran más profundas.

Estuvieron así casi hasta el amanecer. Cuando terminó el dibujo durmieron un rato, uno al lado del otro en la cama sin tender. Nadia pasó el día siguiente ahí, acostada, leyendo o quién sabe haciendo qué.

Después del trabajo J le acercó lo que habían pactado y ella se fue, así mismo, de noche y con cara de muchos fantasmas. Nunca más se volvieron a ver ni a saber uno del otro.

Ahora los cuadros de todas las chicas y los autorretratos -que por otro lado también tienen una historia cada uno pero que no voy a contar ahora acá- están

puestos cuidadosamente en cualquier parte esperando el momento propicio para ver la luz.

J me pregunta si puedo escribir para cuando llegue la exposición un texto para cada cuadro. Un texto de no más de una carilla para poder ponerlo en un vidrio y colgarlo al lado de la imagen. Le digo que por supuesto, que sería un gusto.

El padre sigue sin aparecer. La madre y la hermana deben estar durmiendo desde hace horas. Conjeturamos que tal vez no vuelva nunca más, J espera que así sea, que no vuelva nunca más.

Los tres nos acostamos en la cama que también hoy está deshecha y nos dormimos en seguida. Yo estoy en el medio de los dos y me siento muy bien –más allá del miedo obvio de que el viejo de mierda se le ocurra irrumpir a mitad de la madrugada-. Me abrazo al que desde hace un rato es mi chico y J me abraza a mí.

Las cosas terminan

Nunca me imaginé que los años se acumularan de forma tan espesa entre la gente. Que esa miel de tiempo sea tan pegajosa y sin sentido.

La ciudad era funesta y andábamos como desquiciados. En todas partes olía a humo y en todas partes la gente estaba suspendida en su propio abismo.

El peligro de caer en el propio abismo me fue revelado de la manera más inusual. Estábamos una vez en un taxi, no sé a dónde íbamos, sólo sé que el taxi había parado sobre la Avenida Córdoba. Yo estaba con la cabeza entre mis piernas

hecha una especie de bollito y mi amigo me dijo *cuidado o te vas a caer para adentro*.

El pibe éste, el de las frases reveladoras en las madrugadas y desnudos extraordinarios a la caída de la tarde, era un sujeto extraño pero decía cosas interesantes, supongo que por eso fue mi amigo durante tanto tiempo, y durante el tiempo que ya no lo fue, lo extrañé de forma dura y pareja.

Así son las cosas. A veces te toca cruzarte con alguien, andar un tiempo por ahí borrachos de alcohol y de vida, exprimirse mutuamente como naranjas jugosas, atragantarse con el jugo y después las cosas terminan.

Después de eso uno continúa su marcha solitaria en el planeta de los solitarios, encontrándose de vez en cuando con otros, coincidiendo de tanto en tanto en camas, en trenes o en zaguanes. Caminando por la cornisa de la conciencia con cuidado de no caerse para adentro pero con las heridas abiertas de par en par por la puta vida. A

algunos además, el tiempo los lame con grandes lengüetazos.

Me gusta pensar en aquellas borracheras mientras caminábamos por las vías y cantábamos canciones ricoterías y el azul de la noche era más azul, las noches eran más noches y el frío más intenso y nuestro. Andábamos con las manos en los bolsillos y tambaleándonos, recitando a Baudelaire y a Rimbaud, yendo hacia el sur por esas vías desiertas, por los descampados suburbanos y creíamos realmente y de todo corazón, que la ciudad era nuestra, que todos los tangos del mundo estaban compuestos para nosotros, que Arlt tenía un idioma que sólo nosotros entendíamos.

Me gusta creer en eso, en que hubo un tiempo en que nada tenía sentido pero nos era propio, o que sólo nosotros adivinábamos el sentido oculto de las cosas. Que éramos parte del motor del mundo, un suspiro ahogado en la boca de un dios que había creado todo esto y nos había abandonado a nuestra buena suerte. Y nuestra suerte era esa, andar por ahí,

sorbiendo la vida a grandes tragos, acurrucándonos en rincones vacíos, llorando por los dolores de la finitud del ser o riéndonos ruidosamente de cualquier cosa.

Me gusta pensar que nada de eso se fue, que tan sólo ha hibernado pero permanece latente, que en cualquier momento seremos nosotros los que nos levantemos de las tumbas, daremos grandes saltos y lamaremos al tiempo.

Lo último que recuerdo de aquellos días son las sirenas de las patrullas atravesando la oscuridad y el ruido de la bala cortando el aire. Después todo se confunde, la sangre corriendo por todos lados y nadie para ayudarnos. Yo sola, corriendo y a los gritos hasta conseguir la ayuda de una vecina que llamó a la ambulancia.

Nunca entendí bien qué había pasado, no sé si perseguían a alguien o sólo estaban disparando por joder, para demostrar su poderío.

Mi amigo estuvo internado un tiempo pero después se fue de este mundo como un fantasma triste. Y yo tuve que aprender a vivir sin él.

Hubiera sucedido de todos modos, no podríamos haber compartido la cama y la vida para siempre, pero me hubiera gustado poder soñar con un posible reencuentro, uno casual doblando cualquier esquina, volver a sentir su carcajada sucia y cínica de desprecio por todo lo que se considera aceptable, pulcro y decente.

El tiempo que se acumuló entre su carcajada y mis oídos es demasiado espeso y lo extraño, como dije, de forma dura y pareja.

Acerca del edificio sin rostro

Voy en el bondi leyendo a Weber, no me queda otra, es semana de parciales. El sólo hecho de pensar en la burocracia moderna de la que habla cuando la denomina *jaula de hierro*, me hace bajar la presión, perder el sentido y desmayarme como causa de la claustrofobia, inmersa en *la noche polar de helada oscuridad*.

Se entiende que el mundo como lo concebimos hoy sería imposible sin este fenómeno de burocratización de todo, pero a mí particularmente no me parece que el mundo tal como lo concebimos valga gran cosa, por lo que en mi opinión, lo impersonal y lo frío de todo esto, bien podría desaparecer dando paso a cosas mejores.

Habitualmente la gente en las ciudades coincide en que el sistema burocrático, si bien a nadie hace feliz, es necesario. Por su puesto no estoy de acuerdo, pero es de puro libertaria que soy.

La burocracia aporta el orden y el sentido a la forma que adopta la sociedad con la revolución industrial. Este orden y sentido son los que se desprenden del modo racional de pensamiento, una racionalidad capitalista definida. Racionalidad que mide pérdidas y ganancias, y que hace de los individuos partes operativas de un sistema productivo, jurídico y normativo.

Las personas son partecitas en un todo gigante y ajeno dominado por la nada misma, porque la burocracia no tiene cara, la burocracia es nadie. Es un edificio gris y oscuro que siempre tiene un piso más arriba, un piso inaccesible al sujeto común, sólo conocido por los burócratas, entidades sin forma que dominan el destino de todos.

Hoy es jueves, es el día anterior al Día de la Bandera.

Es de mañana, voy a mi trabajo en una ONG que se dedica a ayudar a mujeres migrantes.

No trabajo ahí todos los días así que estoy un poco desactualizada.

Ayer no fui.

Ayer fue un caos porque a la mañana llegó una mujer de unos veinte años acompañada por el marido con un asunto urgente por resolver. Los dos son de origen boliviano y viven en Argentina, los dos lloraban. La historia de ellos es triste y dura. Una historia más entre millones de historias que se pierden entre los registros de los archivos, una historia más que a nadie le importa. Una historia de gente triste que no impide que todo siga funcionando eficientemente.

La burocracia es eficiente, esa es su característica principal; es racional, eficiente y deglutidora de gente.

La mujer estaba internada con su bebé desde hacía tres meses en un hospital. El

niño todavía no tenía diagnóstico. Como tienen otra chiquita que no tenía con quien quedarse, la mujer pasaba el día en la sala cuidando al bebé enfermo y a la otra niña mientras el padre trabajaba para pagar las cuentas.

Después de un tiempo la madre empieza a inquietarse porque los médicos siguen sin proporcionarles ningún diagnóstico, no sabe qué hacer, nadie le contesta, nadie le dice nada. Pregunta cada vez más desesperada pero no hay respuestas. Está en una institución, un lugar despersonalizado y dirigido por alguien a quien ella no conoce, con reglas que ella no conoce en una cultura que ella no conoce. La vida de su hijo depende de un sistema que ella no entiende y que le es hostil.

Es de mañana y baja un rato al patio del hospital con la nena más grande a tomar aire. Cuando vuelve, nota que el bebé está helado, subieron el aire acondicionado y hace frío. La madre lo agarra y lo pone en su regazo para calentarlo, lo acuna, lo mece y lo abraza fuerte.

Entran médicos y enfermeras, le sacan al niño de los brazos y la acusan de haberlo querido matar, de haberle querido sacar el aire, de asfixiarlo. Ella intenta explicar las costumbres de su país, lo que pretendía hacer... nadie la entiende, nadie la oye. Se siente hundir en un mundo que no deja de girar porque todo esté al revés y ella triste, vulnerable y sola.

Llega la policía.

La mujer es trasladada a una comisaria, la fichan, le hacen un expediente, no le asignan un abogado de oficio, después la dejan en medio de la calle sola, sin plata, sin tarjeta SUBE y de madrugada.

Vuelve al hospital caminando no sé cuántas cuadras pero no la dejan entrar. Ella reclama pero nadie la escucha, a nadie le importa quién es o lo que tenga para decir. Ahora es un número más, un expediente más en una enorme pila de expedientes perdido en alguna sala de los tribunales de nuestra hermosa Nación. Mientras el caso se resuelve, -si algún día se resuelve- ella no puede acercarse a menos

de trescientos metros de sus dos hijos que ahora se encuentran bajo la custodia del estado.

Qué será eso del *estado*, tampoco lo sabemos. ¿Quiénes son el estado, quiénes son las personas reales que en este momento están con esos niños? Son nadie, gente sin rostro que obedece ordenes que provienen de algún superior que cumple con lo que dice algo que escribió algún otro alguien en circunstancias que no podemos especificar pero que se consolidaron como lo legitimo a hacer en casos como estos... Cómo son estos casos, también es una incógnita.

Instituciones, casos, números, expedientes, orden, organización... No sé cómo sería el mundo sin todo eso pero si sé cómo es así como está y la verdad es que apesta.

De fauces al subsuelo

A las sobrevivientes

Soy R y no morí.

La peor edad de mi vida fueron los trece años. Fue la edad en que definitivamente me caí por un barranco que no tenía final aparente. La edad de empezar a fumar, de conocer las drogas, de andar con ladrones, con los maleantes del barrio, de empezar a tener sexo y tenerlo con cualquiera, con todos; la edad en la que me dejó de importar salir ilesa.

Fue el período en el que mis padres me abandonaron; mi padre dejó definitivamente de ser mi padre y mi madre se ausentó por un buen tiempo.

Fue el año que todo fue realmente malo por primera vez. Lo malo se hizo carne de verdad en mí por estar en lugares donde no debería haber estado nunca, por estar con hombres de mierda que saben aprovecharse de esas situaciones de mierda, fue el año que dormí en la calle porque no tenía una casa a la que quisiera volver. Fue el año que todo se volvió oscuro, duro y letal.

Fue el año en el que decidí que no volvería a creer en nada. Fue el año en el que no pude cumplir esa promesa.

También fue el año donde mis amigos de la infancia ya no estuvieron más a la vista y donde todo mi entorno seguro se esfumó por completo.

Fue la primera vez que la ciudad tomó significado para mí, dejó de ser solamente el lugar donde uno habita simplemente porque nació ahí, y pasó a ser la cueva escondida que tenía en sus noches, el único lugar en el mundo en el cual me reconocía, lleno de vicios y gente enferma a los que me unía el peculiar desencanto de los

desencajados, de los dejados a un costado del camino en esa marcha mecánica y voraz que tiene este mundo, un ansia infrenable de permanente ascenso, de ganancia, de poder... Un mundo para el cual nosotros éramos parias, exiliados de las formas de vida que se reconocen como válidas y deseables. Nosotros éramos los nada, los que se movían en las sombras, el recuerdo agudo de que para que el engranaje de esta gran máquina continúe girando se deshace de todo aquello que le sobra.

Esos éramos nosotros, las sobras de la maquinaria.

Algunos habían nacidos ya desencajados, siendo los descartables del sistema; otros, como yo, nos volvimos desencajados porque no pudimos adaptarnos a la falta de alma de todo: padres que en el fondo del cajón de prioridades tienen a los hijos, muy allá en el fondo... Colegios que te educan para ser idiota, trabajos que se nutren de tu desesperación, hombres que arman su hombría a partir de la maldad y de infringir

dolor, la condena permanente de la gente que se cree muy normal, que haberse adaptado tiene algún mérito, que esa áurea mediocridad es suficiente para estar vivo... como si pasar por la vida fuera estar vivo.

Como si estar vivo fuera otra cosa más que un concepto. Como que respirar y cumplir con la producción y la reproducción social tuviese algún mérito más que la propia estupidez.

Como si triunfar en algún sentido en este mundo que se alimenta de dolor valiese algo.

No, no vale nada.

Ese año creo que pasé por dos o tres colegios, de todas formas fue sin mayor éxito porque repetí.

Me la pasaba rateándome sola, yendo a caminar por la ciudad fría. Me metía en los bares, pedía algo de tomar y escribía y leía toda la mañana, hasta que se hiciera la hora de volver a mi casa.

A veces volvía a casa, a veces no. No tenía muy claro cuál era mi casa y de todas

formas ninguna de las dos que me habían proporcionado tenía nada que me impulsara a querer volver.

En la casa de mi mamá en general no había nadie, o tal vez estuviera ella encerrada en el cuarto trabajando y no me daba ni cinco de bola. Después, cuando salía del cuarto se iba al gimnasio, a terapia o a ver a alguna amiga o algún novio porque la base de su vida era *estar bien*, el propio *bienestar*.

En la casa de mi padre tampoco había nadie, solamente algún cartel que alguna novia le escribía con lápiz labial en el espejo. Pero mi padre en aquella época era más copado, tenía novias copadas y se había metido medio a hippie. Leía mucho y me hablaba como si fuéramos grandes amigos, así que a veces iba más a su casa y la pasábamos bien. Cuando yo le decía que no quería más ir al colegio no me decía nada, casi que asentía con la cabeza como diciendo, todo bien, todo es una mierda.

Después él también empezó a alejarse, no le importaba para nada si durante varios

días no aparecía. Todo indicaba que había creído en la filosofía hueca de que todo lo que tiene que pasar pasará, entonces para qué preocuparnos... Si yo andaba sola por ahí sintiendo que moría, pues bien, si realmente moría era porque así tenía que ser, si no, no.

Nadie entendía nada. Todos estaban muy ocupados en ponerse aptos para el mercado de los divorciados y los hijos resultaban un franco estorbo, con lo cual a la mierda. Que se arreglen como puedan.

Teníamos trece yo y diez mi hermano, y sí, todo se fue a la mierda. A una mierda tan espesa y hedionda que todavía la puedo oler. Yo todavía hoy respiro, él ya hace años que no, que se fue hecho cenizas en el mar.

Hace tanto tiempo desde aquello que me resulta increíble tenerlo todavía tan presente, oyéndolo latir permanentemente junto a mi oído. Pero es así, nada nunca pasa del todo. El dolor agudo nunca pasa.

La puta muerte viene y se lleva todo y nos deja vacíos, inmundos, inllenables.

Esto lo empecé a escribir en el marco de la recuperación del nieto 114, el nieto de Estela. Siempre me viene a la mente la canción de Charly de *algunos hijos son padres y algunas huellas ya son la piel*. Y lloro porque algunos cavan con las propias uñas para encontrar a sus familiares y otros los descartan como si nunca hubieran existido, como si en este mundo todo tuviera repuesto.

Algunos días más tarde que apareciera Ignacio Guido, mi papá -el que hasta los trece había sido mi papá- muere. Muere otra vez, muere de verdad, para siempre y para todos, ya no sólo para mí.

Y yo vomito.

Odio la puta muerte.

Ahora escribo esto, estoy sobre una montaña muy alta en Mendoza. No sé cómo se llama el cerro pero sé que es alto. Estoy sola, sentada en una piedra y las nubes empiezan a venir y a tapar todo alrededor, miro para todos lados y sólo hay pájaros desavisados, bichos y alguna vegetación. La

verdadera soledad. Respiro el aire frío y seco y huelo dulce aunque todo apeste. Escribo para desahogarme para que el peso lo cargue el papel, escribo porque no sé hacer otra cosa, porque no hay nada que pueda hacer.

Odio la puta muerte. Te paraliza, te deja sin palabras, te deja sin recursos, te deja sin más excusas, sin más enojos, sin más respuestas, te deja. Te deja inútil. Te deja triste, lleno de todo lo que no dijiste, de las respuestas que no te fueron dadas. Te deja solo, en un monólogo atroz, en un vacío de mierda, en la tristeza de mierda, perdido entre todos los fantasmas.

Se ríe de vos en la cara. Te deja con lo inmanejable, con la certeza de que lo que no se arregló, nunca en la puta eternidad se va a arreglar, que ya nada nunca más en el puto futuro va a ser distinto. Que lo que se perdió se perdió para siempre. Que siempre es realmente para siempre, para todos los tiempos que quedan por venir, para siempre siempre, siempre. Nunca más.

Que todo lo que no se resolvió ya no tiene arreglo y queda suspendido en el vacío.

Que la muerte de mierda no vomita sus muertos. Que la muerte es una arpía impiadosa y malvada.

Que todo es una gran bola de mierda atrapada en un universo duro y atroz. Que la tristeza no tiene remedio para gente como yo.

Que el tiempo no cura nada. Que ahora hay una fecha más en el calendario de los muertos y una menos en la de los cumpleaños. Que ahora hay dos fechas para llorar por los que no están.

Algunos libros, algunas fotos. Voy a ver si por lo menos heredo eso...

Odio a Charly por haber escrito *Dime quien me lo robó*. Odio el amor cuando no está más. Cuando parece que todo fue mentira (cuando todo fue mentira). Odio pensar en mí como un bulto olvidado al costado de algún camino viejo y frío.

Cómo todo se rompe. Cómo es fácil romper a un niño, desgarrarlo por dentro para siempre.

No sé cuánto duran los lutos de la gente que se muere dos veces.

Creo que nunca dejamos de ser los niños rotos.

Creí que nunca iba a poder bajar de esa montaña, que me consumiría la tristeza o que iba a saltar desde algún precipicio. Pero no. No descubro todavía de qué madera estoy hecha pero evidentemente es una dura. Igual no sé si eso es bueno o malo o simplemente algo con lo que tengo que cargar.

Vuelvo a Buenos Aires y las cosas se agitan normalmente, todo sigue igual de loco y alienado.

Llueve y todo está gris y hermoso. Se respira agua por todas partes, la gente corre, yo también corro. Canto canciones

en mi cabeza mientras atravieso las avenidas sin paraguas.

Bajo al subte B con el espíritu de los futuristas. El subte con su música insomne. Me pierdo en la marea humana, en la masa informe. Dejo mi yo en la superficie, arriba, en la avenida Corrientes, y me hundo en la viola desacatada del pibe que se sienta en un costadito con un amplificador y con cara de nada, y la rompe. Rompe la tarde, tritura todos los conceptos del arte, de los rituales del arte, de los círculos del arte. Es más que arte callejero, es la destrucción total de la tarde que se cae a pedazos, de los parámetros de los que viajan, de los relojes que en ese momento se paran, escuchan y alaban.

Pongo primera y arranco. La ruta es lo más. Se abre lenta pero firme adelante mío, acelero. Con la palanca de cambios, esa bola chiquita, controlo el mundo.

Las montañas están a la izquierda, voy hacia el norte.

Acelero más, estoy en quinta a ciento diez. Afuera las nubes se acumulan en el cielo y un poco se acercan a la carretera en el horizonte. Allá voy.

Para quien pensaba que iba a aparecer muerta en cualquier rincón antes de los dieciocho, no está mal. Ya llevo más del doble de eso andando en este mundo.

Voy hacia el norte, hacia ninguna parte. Yo, mi música y mil historias que contar.

Salute y a brillar, mi amor.

Índice

Entonces, a tu salud/5

La ciudad está enferma/11

Las entretejidas del tiempo/21

Un día y una noche a principios de los
90/31

Crónicas desde una ventana/39

No hay regreso/49

Unas cuantas historias para una noche/57

Las cosas terminan/81

Acerca del edificio sin rostro/87

De fauces al subsuelo/93

Se terminó de imprimir en el taller de
Ediciones Frenéticxs Danzantes
en algún momento de la historia,
en alguna parte del mundo.